



La desolación de la expresión “alto el fuego”. Por Vijay Prashad

Posted on Junio 6, 2026

Hay momentos en la historia en los que las palabras pierden su significado. No porque se reescriban los diccionarios, ni porque el lenguaje en sí cambie, sino porque el poder político vacía a las palabras de las realidades que alguna vez describieron. La expresión alto el fuego ha adquirido cada vez más este carácter desolador cuando la utilizan los funcionarios israelíes y estadounidenses. Lo que antes se entendía como la suspensión de la violencia, el silencio de las armas y la creación de un espacio político para la paz se ha convertido en algo completamente distinto: un término administrativo para la continuación de la guerra por otros medios.

En el lenguaje común, un alto el fuego significa el fin, aunque sea temporal, de las hostilidades armadas. Implica moderación. Sugiere que los civiles pueden respirar sin miedo. Ofrece la posibilidad de que la diplomacia pueda reemplazar a la fuerza militar. Sin embargo, la realidad que viven los palestinos en Gaza, los libaneses y los iraníes ha hecho que este significado sea casi irreconocible.

Meses después del anuncio de los acuerdos de alto el fuego negociados bajo auspicios internacionales, los palestinos seguían muriendo a causa de ataques aéreos, fuego de artillería y operaciones militares. Los funcionarios de las Naciones Unidas advirtieron en repetidas ocasiones que el alto el fuego seguía siendo frágil, incompleto y marcado por ataques continuos. Los observadores de derechos humanos documentaron la muerte de cientos de palestinos tras el inicio formal del período de alto el fuego,

mientras gran parte de Gaza permanecía devastada e inhabitable.

La contradicción es asombrosa. Se le dice al mundo que existe un alto el fuego, pero la gente que vive bajo los aviones israelíes sigue escuchando explosiones. La comunidad internacional habla de una transición hacia la paz, mientras se expande el control militar. Los diplomáticos discuten mecanismos de implementación mientras las familias buscan entre los escombros los cuerpos de sus familiares.

El resultado no es simplemente hipocresía política. Es un colapso lingüístico

Un alto el fuego que permite el bombardeo continuo deja de funcionar como alto el fuego. Se convierte en un mecanismo a través del cual se normaliza la violencia mientras se mantiene el lenguaje de la moderación. La palabra permanece, pero su contenido desaparece.

Este fenómeno es visible en la forma en que Gaza se ha transformado durante el llamado período de alto el fuego. Las operaciones militares israelíes no simplemente se detuvieron para esperar las negociaciones. En cambio, surgieron informes sobre la expansión del control territorial, la consolidación de zonas militares y planes para aumentar el control israelí sobre grandes porciones de Gaza. Los observadores internacionales señalaron que los avances militares continuaron a pesar de la existencia formal de acuerdos de alto el fuego. Hadja Lahbib, una alta funcionaria de la Unión Europea, dijo el 29 de mayo: “El espacio humanitario de Gaza se está reduciendo aún más”. El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, ha dicho que su ejército mantendrá al menos el 70 por ciento del territorio de Gaza.

Por lo tanto, el alto el fuego llegó a parecerse más a un asedio regulado que a una suspensión del conflicto. Los palestinos se vieron cada vez más atrapados en una extraña situación política: ni guerra ni paz. Se les dijo que la guerra se había detenido formalmente, pero la vida cotidiana seguía girando en torno al desplazamiento, la inseguridad, el hambre y el miedo. El año pasado, el gobierno israelí creó una “Oficina de Emigración Voluntaria” para forzar la limpieza étnica de Gaza. El acceso humanitario siguió siendo objeto de disputa. La reconstrucción siguió siendo en gran medida teórica. La fuerza armada continuó marcando la realidad de la vida cotidiana.

Esta transformación del lenguaje cumple una importante función política. La gestión moderna de las neocolonias se basa no solo en el poder militar, sino también en el control de la narrativa. Las declaraciones abiertas de conquista han pasado de moda en la diplomacia contemporánea. La ocupación se presenta como seguridad. El castigo colectivo se convierte en disuasión. La dominación militar permanente se convierte en estabilización. Del mismo modo, la violencia continua se convierte en un alto el fuego. La manipulación del lenguaje no es algo incidental al poder; es uno de sus instrumentos esenciales.

Cuando los gobiernos describen repetidamente las condiciones de violencia en curso como un alto el

fuego, reducen el umbral de lo que se espera que tolere la opinión pública internacional. Las imágenes que antes se habrían entendido como evidencia de guerra se reclasifican como complicaciones desafortunadas dentro de un proceso de paz. El vocabulario de la diplomacia se desvincula de la realidad material. La tragedia no es solo que los civiles sigan sufriendo. La tragedia es que los mecanismos a través de los cuales se reconoce el sufrimiento comienzan a erosionarse.

Este patrón no se limita a Gaza

El Líbano se ha convertido cada vez más en otro ejemplo del mismo fenómeno. El lenguaje de la desescalada, la moderación y el alto el fuego ha coexistido con frecuencia con acciones militares continuas, ataques transfronterizos, violaciones del espacio aéreo y bombardeos periódicos. Incluso durante los acuerdos de alto el fuego negociados internacionalmente, surgieron informes de fuego de artillería, incursiones militares y acusaciones de violaciones repetidas. Los observadores de las Naciones Unidas documentaron la inestabilidad continua a pesar de la existencia formal de acuerdos destinados a detener las hostilidades.

La población del sur del Líbano comprende esta contradicción de manera íntima. Ha vivido durante décadas en ciclos de guerra intercalados con períodos descritos como de paz, pero caracterizados por una inseguridad persistente. Puede que las aldeas no estén sufriendo una invasión a gran escala, pero los aviones siguen sobrevolándolas. Las fronteras siguen militarizadas. La reconstrucción sigue siendo incierta. Las familias siguen desplazadas. Una vez más, la expresión alto el fuego se cierne sobre una realidad que ya no describe adecuadamente.

Lo que surge en Gaza y el Líbano es la normalización de la inestabilidad permanente. El conflicto ya no se concibe como algo que comienza y termina. En cambio, se convierte en una condición continua gestionada a través de distintos niveles de intensidad. La fuerza militar sigue presente. Las soluciones políticas siguen ausentes. Se espera que la población se adapte a una existencia definida por la incertidumbre. Esto tiene profundas consecuencias no solo para las comunidades palestinas y libanesas, sino para el propio derecho internacional.

El orden jurídico basado en la Carta de las Naciones Unidas se construyó sobre la premisa de que las distinciones importaban: guerra y paz, ocupación y soberanía, civil y combatiente, alto el fuego y hostilidades activas. Estas distinciones a menudo se violaban, pero, no obstante, conservaban su fuerza normativa. Hoy en día, muchas de estas categorías son cada vez más difusas.

Un alto el fuego que permite asesinatos rutinarios debilita el significado de alto el fuego en todas partes. Un marco humanitario que coexiste con la privación masiva debilita el significado del humanitarismo en todas partes. Los conceptos jurídicos sobreviven formalmente mientras su contenido práctico se erosiona.

Si se permite a los Estados poderosos redefinir los alto el fuego como períodos durante los cuales la violencia continúa bajo nuevos acuerdos administrativos, entonces los conflictos futuros heredarán la misma lógica. El precedente se vuelve global. No es necesario que las operaciones militares se detengan para que los líderes políticos declaren iniciativas de paz. No es necesario que la ocupación termine para que comiencen las conferencias de reconstrucción. La catástrofe humanitaria puede coexistir con las afirmaciones diplomáticas de progreso. El lenguaje se desvincula de la experiencia.

Para los palestinos, esta desvinculación no es un problema intelectual. Es una realidad vivida. Una madre que oye drones sobre su barrio no experimenta un alto el fuego. Un niño que vive entre ruinas no experimenta un alto el fuego. Una familia a la que se le niega la posibilidad de reconstruir su hogar no experimenta un alto el fuego. Su comprensión de la paz sigue siendo obstinadamente material. Paz significa seguridad. Paz significa retorno. La paz significa reconstrucción. La paz significa la ausencia de violencia militar. Cualquier cosa menos que eso es simplemente la gestión del sufrimiento. Quizás por eso la expresión ahora se siente tan desolada.

No es porque la gente haya dejado de anhelar la paz. Al contrario, es precisamente porque la paz sigue siendo un deseo desesperado que la corrupción de su lenguaje se siente tan devastadora. La invocación repetida del alto el fuego en medio de la destrucción continua crea una profunda sensación de agotamiento político. La gente escucha la palabra y ya no espera alivio. Escucha promesas de cumplimiento y ya no espera un cambio. La palabra sobrevive, pero la confianza en ella desaparece.

El lenguaje mismo se convierte en una víctima de la guerra. Los edificios se pueden reconstruir. La infraestructura se puede restaurar. Las instituciones políticas se pueden reconstruir. Pero cuando las palabras pierden su conexión con la realidad, la vida pública misma comienza a deteriorarse. Un alto el fuego debería significar que las armas callan. Hasta que eso suceda, la palabra seguirá atormentada por la distancia entre lo que promete y lo que la gente soporta.

*Vijay Prashad es un historiador y periodista indio. Es autor de cuarenta libros, entre los que se incluyen *Balas de Washington*, *Una estrella roja sobre el Tercer Mundo*, *Las naciones oscuras: una historia del Tercer Mundo*; *Las naciones pobres: una posible historia del Sur Global* y *How the International Monetary Fund Suffocates Africa*, escrito con Grieve Chelwa. Es el director ejecutivo de Tricontinental: Instituto de Investigación Social, corresponsal jefe de Globetrotter, y el editor jefe de LeftWord Books (Nueva Delhi). También ha hecho apariciones en las películas *Shadow World* (2016) y *Two Meetings* (2017).

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.